

Composición

Revista de filosofía habitable



Composición. Revista de filosofía habitable · Vol. 1, núm. 2 · 22 de mayo de 2026

Eros y composición: hacia una teoría materialista del deseo

Jorge Santoveña Martín

Graduado en Filosofía, Política y Economía (Universidad Pontificia Comillas); Máster Universitario en Análisis Político (Universitat Oberta de Catalunya); Licenciado en Historia (Universidad de Oviedo) y en Sociología y Ciencias Políticas (UNED); profesor de Geografía e Historia de Educación Secundaria y Bachillerato.

Resumen

El presente artículo desarrolla una teoría compositivista del eros a partir de una inversión materialista de la tradición platónica. Frente a las concepciones que entienden el deseo como carencia orientada a un objeto trascendente o como impulso subjetivo desestructurado, el Compositivismo redefine el eros como orientación material producida en la *symploké* de relaciones que constituyen la subjetividad. El deseo no es ni puramente interno ni completamente determinado desde fuera, sino una estructura dinámica que articula percepción, técnica, lenguaje y mundo común. Esta redefinición permite integrar el eros en un marco que conecta ontología, subjetividad, verdad y política, y ofrece herramientas para analizar tanto su captura contemporánea como sus posibilidades de recomposición.

Palabras clave: *Eros, deseo, Compositivismo, symploké, subjetividad, técnica, verdad, caverna.*

Abstract

This article develops a compositionist theory of eros through a materialist inversion of the Platonic tradition. Against conceptions that understand desire as lack oriented toward a transcendent object or as a disordered subjective impulse, Compositionism redefines eros as a material orientation produced within the *symploké* of relations that constitute subjectivity. Desire is neither purely internal nor fully externally determined, but a dynamic structure articulating perception, technique, language, and the common world. This redefinition allows eros to be integrated into a framework connecting ontology, subjectivity, truth, and politics, offering tools to analyze both its contemporary capture and its possibilities of recomposition.

Keywords: *Eros, desire, Compositionism, symploké, subjectivity, technique, truth, cave.*

1. Introducción: el problema filosófico del deseo

El deseo constituye uno de los ejes fundamentales de la filosofía, en la medida en que articula de manera directa la relación entre el sujeto y el mundo. No hay acción, conocimiento ni organización de la vida que no esté, de algún modo, atravesada por formas de deseo. Desear no es una dimensión secundaria de la existencia humana, sino una de sus condiciones estructurales: orienta la atención, organiza la percepción, dirige la acción y condiciona la posibilidad misma de sostener prácticas complejas en el tiempo. El alcance del deseo es ontológico, gnoseológico y político.

Sin embargo, en el pensamiento contemporáneo, el estatuto del deseo resulta profundamente problemático. Por un lado, las tradiciones clásicas han entendido el deseo como carencia orientada hacia un objeto superior —ya sea el bien, la verdad o la plenitud—. Esta concepción dota al eros de dirección, estructura y función normativa, pero introduce una dimensión trascendente difícil de sostener en un marco materialista: el objeto del deseo queda situado en un plano que excede las condiciones materiales de la experiencia. Por otro lado, muchas corrientes contemporáneas han reaccionado disolviendo el deseo en flujos, pulsiones o construcciones sociales. Aunque estas perspectivas permiten evitar la trascendencia, introducen otro problema: la pérdida de estructura.

El resultado es una doble insuficiencia estructural: o bien el deseo se subordina a un horizonte trascendente que lo separa del mundo material, o bien se fragmenta en dinámicas sin orientación, perdiendo su función estructurante. A esta doble insuficiencia se añade una dificultad específica del presente: la reorganización técnica del deseo. En los entornos contemporáneos, el eros no solo es tematizado, sino activamente producido, modulado y capturado por sistemas técnicos que intervienen en su orientación.

El Compositivismo interviene en este problema mediante su operación característica: conservar la función estructurante del eros y eliminar su soporte trascendente. Esto implica mantener la idea de que el deseo orienta, organiza y articula la subjetividad, pero sin situar su fundamento fuera del mundo material. El eros no es ya tensión hacia un objeto ideal, sino una forma de orientación producida en la composición de relaciones que constituyen la realidad. El deseo no desaparece; se redefine. Esta redefinición no consiste en reducir el eros a mecanismos biológicos ni a construcciones sociales, sino en pensarlo como una estructura material compleja, producida en la *symploké* de mediaciones que articulan percepción, lenguaje, técnica y mundo común.

2. Eros en Platón: función y límite

En la tradición platónica, el eros ocupa una posición central, no solo como categoría ética o antropológica, sino como principio dinámico que atraviesa la relación entre el sujeto y la verdad. En diálogos como el Banquete y el Fedro, el eros aparece como una fuerza intermedia, situada entre la ignorancia y el saber, entre lo sensible y lo inteligible, entre la carencia y la plenitud. El deseo no se opone al conocimiento; es su condición de posibilidad.

La fuerza de esta concepción reside en varios aspectos filosóficamente fecundos. En primer lugar, el eros introduce dinamismo en la subjetividad: el sujeto está constitutivamente abierto, orientado hacia aquello que no posee. En segundo lugar, el deseo aparece orientado hacia la verdad y el bien, dotándolo de una función estructurante que evita su reducción a pura pulsión. En tercer lugar, Platón logra pensar la relación entre deseo y conocimiento de manera no reductiva: el acceso a la verdad no es puramente intelectual ni puramente afectivo, sino resultado de una articulación en la que el eros desempeña un papel central. En cuarto lugar, el eros vincula subjetividad y trascendencia, introduciendo una dimensión de exterioridad que rompe con cualquier forma de cierre subjetivo.¹

Sin embargo, junto a esta potencia conceptual, el eros platónico presenta un límite estructural decisivo desde una perspectiva materialista. El núcleo de este límite reside en la orientación del deseo hacia un objeto situado fuera del mundo material: el eros apunta, en última instancia, hacia la Idea, hacia el Bien, hacia lo inteligible como plano ontológicamente superior. La dirección del deseo no es inmanente, sino trascendente. Esto genera varias dificultades: separa el deseo de las condiciones de su producción; introduce una teleología trascendente que no depende de las condiciones históricas o técnicas; y establece una jerarquía ontológica que devalúa el mundo sensible.

Desde una perspectiva materialista, este esquema resulta problemático no porque sea incoherente, sino porque introduce una escisión difícil de sostener. Por ello, la crítica compositivista no consiste en rechazar el eros platónico, sino en intervenir en su estructura. El Compositivismo no rechaza el eros platónico: lo invierte. El eros deja de ser tensión hacia un exterior y pasa a ser orientación dentro de la composición material del mundo. La dirección ya no viene dada por un plano trascendente, sino por la articulación de relaciones materiales que producen y configuran el deseo.

3. La inversión compositivista del eros

La inversión compositivista del eros debe entenderse como una aplicación rigurosa de la operación central del sistema: conservar la función racional de una categoría clásica y destruir su soporte trascendente. La tesis central puede formularse con claridad: el eros no es carencia de un objeto trascendente, sino orientación material producida.

¹ La inversión compositivista del eros respecto a Platón conserva precisamente lo que hace al eros platónico filosóficamente poderoso: que el deseo tenga dirección, estructura y función normativa, y que conecte subjetividad con conocimiento sin reducir uno al otro. Lo que destruye es la teleología vertical —del cuerpo a la Idea— que hace depender esa dirección de un plano trascendente. La «escala del amor» del Banquete puede leerse como descripción de cómo el deseo gana complejidad compositiva —desde vínculos singulares hacia formas más estructuradas de orientación— sin que esa lectura requiera el plano inteligible separado. El Compositivismo conserva la dinámica de la escala y destruye su soporte metafísico.

Esta inversión puede desglosarse a través de varios desplazamientos conceptuales fundamentales. El primero es que el eros no es falta, sino estructura: el deseo no se define solo por lo que le falta, sino por el modo en que organiza la relación del sujeto con aquello que lo rodea. Pensado estructuralmente, el eros no es un agujero interior que busca un objeto externo, sino una forma de articulación entre múltiples dimensiones: memoria, atención, lenguaje, afectividad, técnica, mundo social. El segundo es que el eros no es trascendencia, sino immanencia: el campo del eros es la immanencia, lo que no equivale a superficialidad ni a presentismo, sino a que todo aquello hacia lo que el eros se orienta debe poder ser pensado dentro de la trama material de relaciones que constituye el mundo.²

El tercero es que el eros no es impulso ciego, sino organización: el deseo tiene forma, dirección, niveles, tensiones y mediaciones. No es una energía indiferenciada que luego se canaliza de maneras secundarias. El deseo organiza la subjetividad porque distribuye prioridades, intensidades, atenciones y vínculos. El cuarto es que el eros no es pura interioridad, sino producción relacional: el deseo se produce en y por relaciones —con otros sujetos, con instituciones, con lenguajes, con objetos técnicos, con estructuras de reconocimiento, con horizontes de verdad y con formas de vida—. No hay deseo aislado, porque no hay subjetividad aislada.³

A partir de estos desplazamientos, puede afirmarse con mayor precisión que el deseo deja de ser un movimiento hacia fuera del mundo y pasa a ser una forma de relación dentro de él. Esta tesis resume el núcleo de la inversión compositivista. La pregunta filosófica deja de ser «¿qué objeto absoluto colmaría el deseo?» y pasa a ser «¿qué formas de orientación produce el deseo y qué tipo de composiciones sostienen esas orientaciones?».

Esta inversión tiene varias consecuencias de gran alcance: integra el deseo en una ontología material sin reducirlo a biología ni a psicología; lo vincula directamente con la teoría de la subjetividad, pues si el sujeto es organización producida, el deseo aparece como uno de los ejes centrales de esa producción; permite articular el deseo con la verdad y con la caverna, ya que el eros puede orientarse de manera tal que refuerce la apariencia o sostenga procesos de ruptura con ella; y abre el campo de una crítica política del deseo, pues si el eros es producción relacional, puede ser capturado, modulado y reorganizado, pero también recompuesto.

4. Eros como orientación material

Desde el Compositivismo, el deseo debe entenderse como una orientación estructural que articula múltiples dimensiones de la experiencia y de la organización subjetiva. El eros no es un elemento añadido a la vida humana ni un impulso aislado que interviene ocasionalmente en la acción, sino una de las formas fundamentales en que el sujeto se sitúa, se orienta y se vincula con el mundo.

Hablar de orientación implica ya un desplazamiento conceptual decisivo. El deseo no es una entidad ni una fuerza puntual, sino una dirección estructurada que organiza la relación entre el sujeto y lo real. El eros articula de manera simultánea múltiples dimensiones: la percepción, en tanto selecciona y jerarquiza lo que aparece como relevante; la memoria, en cuanto estabiliza o reactiva orientaciones previas; el lenguaje, que permite conceptualizar, nombrar y fijar objetos de deseo; la técnica, que media y amplifica las posibilidades de acceso y de satisfacción; y las relaciones sociales, que configuran horizontes de reconocimiento, valor y sentido. El eros consiste precisamente en su articulación: no es reducible a ninguna de ellas por separado, sino que emerge como efecto de su composición.

Esto implica que el eros no puede ser pensado como algo originario en sentido absoluto. No hay deseo puro previo a sus condiciones de producción. El eros no determina solo qué se desea, sino cómo se desea y con qué intensidad se sostiene ese deseo. La intensidad, la persistencia, la capacidad de organización y la dirección del deseo dependen de esta red de mediaciones.

Este planteamiento permite evitar tres reduccionismos habituales. El subjetivismo, pues el deseo no es una creación libre del sujeto ni una expresión espontánea de una interioridad autónoma: aunque se experimente como propio, su forma está condicionada por estructuras materiales que lo preceden y lo configuran. El objetivismo externo, pues la subjetividad no es pasiva: participa en la organización del deseo, lo modula, lo reinterpreta y, en cierta medida, puede reorientarlo. Y el reduccionismo biológico o cultural, pues el eros no puede explicarse exclusivamente ni por mecanismos biológicos ni por construcciones culturales.

El eros es una composición: no es una sustancia ni una propiedad simple, sino una estructura relacional compleja que resulta de la articulación de múltiples niveles. Pensar el eros como composición permite comprender por qué el deseo es variable, histórico y diferencial sin caer en el relativismo: no todos los deseos son equivalentes porque no todas las composiciones lo son. La orientación del deseo depende de la estructura en la que se produce, y esa estructura puede ser más o menos consistente, más o menos integradora, más o menos destructiva. Además, el carácter compositivo del eros permite comprender su plasticidad: el deseo puede ser transformado mediante la reorganización de sus mediaciones.

Esto permite formular una tesis central del Compositivismo: el eros es una forma en que el mundo se organiza como orientación en la subjetividad. El deseo no es un puente entre dos realidades separadas —sujeto y objeto, interior y exterior—, sino una estructura en la que esa separación se articula. A través del eros, el mundo no solo es percibido o conocido, sino también valorado, perseguido, evitado o transformado. El deseo se convierte así en una estructura material analizable, producible y, en cierta medida, transformable dentro del mundo común.

5. Eros, verdad y apariencia

El deseo no es neutral respecto a la verdad. No constituye una dimensión independiente que pueda analizarse al margen de los procesos de conocimiento, ni un simple acompañamiento afectivo de la actividad racional. Por el contrario, el eros está directamente implicado en la relación entre doxa y reconstrucción operatoria, es decir, en la distinción misma entre apariencia organizada y acceso a estructuras reales.

El deseo organiza la relación del sujeto con lo real: determina qué se considera relevante, qué merece atención, qué se persigue y qué se descarta. En este sentido, el eros condiciona la posibilidad misma de someter la experiencia a procesos de verificación, contraste y reconstrucción. La relación entre verdad y apariencia no puede pensarse únicamente en términos cognitivos. No basta con disponer de conceptos adecuados o de métodos rigurosos. Es necesario también un tipo de orientación deseante que haga posible sostener prácticas de verdad frente a las inercias de la apariencia. El eros interviene directamente en la posibilidad de la verdad.

Desde este punto de vista, el eros puede estar capturado por la caverna o puede orientarse hacia la ruptura de la apariencia. La captura del deseo se produce cuando las estructuras materiales —técnicas, sociales, lingüísticas— organizan el eros de tal manera que refuerzan la apariencia organizada. En este caso, el sujeto no solo vive en la caverna, sino que la desea. La apariencia no se experimenta como limitación, sino como entorno satisfactorio, estable y difícil de cuestionar. Por el contrario, el eros puede orientarse hacia la ruptura de la apariencia, reorganizándose de manera que hace posible sostener procesos de reconstrucción operatoria: la capacidad de soportar la resistencia de lo real, la disposición a corregir errores, el interés por estructuras que no se presentan de manera inmediata.

Esto conduce a una consecuencia decisiva: el problema no es eliminar el deseo, sino reorganizarlo. Las tradiciones que han visto en el eros un obstáculo para la verdad han tendido a proponer su supresión o su subordinación estricta a la razón. Sin embargo, desde el Compositivismo, esta estrategia resulta inadecuada. Sin eros no hay orientación posible. La verdad no puede sostenerse en un sujeto completamente indiferente. Incluso las prácticas más rigurosas requieren una forma de implicación deseante que las haga posibles. El eros no es enemigo de la verdad: es su condición. La verdad se sostiene en el eros cuando está adecuadamente compuesto.

6. Técnica y captura del deseo

En el contexto contemporáneo, la técnica desempeña un papel decisivo en la configuración del eros. Esta afirmación debe entenderse en un sentido fuerte: la técnica no es simplemente un medio exterior que facilita o dificulta la satisfacción de deseos previamente dados, sino una dimensión constitutiva de su producción, orientación y estabilización. El deseo no preexiste intacto a las mediaciones técnicas; se forma, se distribuye y se reorganiza en relación con ellas.⁴

Los entornos digitales reorganizan el eros mediante varios mecanismos estructurales. Mediante estímulos continuos: el deseo se encuentra expuesto a un flujo ininterrumpido de imágenes, mensajes, ofertas de interacción y objetos de atención potencial, lo que modifica la economía misma del eros. Mediante retroalimentación inmediata: las plataformas y dispositivos contemporáneos ofrecen respuestas rápidas a la acción del sujeto, introduciendo una lógica de circuito

² La distinción entre eros como falta y eros como estructura separa el Compositivismo de dos posiciones que comparten la primacía de la carencia: Lacan, para quien el deseo se define por la falta constitutiva que el objeto objeto a encarna sin colmar, y cierto platonismo popularizado que identifica el eros con nostalgia de una plenitud perdida. El Compositivismo no niega que el deseo implique tensión y distancia respecto a lo que se orienta, pero rechaza que esa tensión se funde en una ausencia metafísica originaria. La tensión es estructural, no ontológicamente deficitaria: el eros no es hueco que busca llenarse sino organización que establece direcciones reales en el campo de las composiciones posibles.

³ La posición del Compositivismo respecto a Deleuze y Guattari en El Anti-Edipo merece precisión. Deleuze y Guattari rechazan la primacía de la falta y afirman el deseo como producción positiva: la máquina deseante produce, no carece. Eso es parcialmente correcto desde el punto de vista compositivista, que también rechaza el modelo de la carencia y afirma la dimensión productiva del eros. Pero Deleuze y Guattari tienden a pensar esa producción como flujo que desborda toda estructura, y celebran el deseo esquizofrénico como fuerza liberadora. El Compositivismo no puede seguirlos ahí: el eros no es más libre cuanto más desestructurado. La estructura no es opresión del deseo sino su condición de posibilidad como orientación real en el mundo. Un deseo sin estructura no es deseo más libre sino eros capturado bajo otra forma.

⁴ La conexión entre captura técnica del deseo y caverna algorítmica no es metáfora sino descripción de la misma estructura operando en dos niveles. El artículo 7 estableció que la caverna contemporánea no solo organiza qué aparece sino cómo aparece, sustituyendo la resistencia del mundo por retroalimentación circular. El presente artículo añade que esa sustitución opera también en el nivel del eros: los algoritmos de personalización no solo filtran información sino que producen formas de deseo orientadas hacia la confirmación y la gratificación inmediata. La caverna es más estable cuando consigue no solo mostrarse como mundo sino también hacerse deseable como tal. Un régimen de apariencia que captura el deseo es estructuralmente más resistente que uno que solo captura la atención.

corto en la que el deseo aprende a orientarse hacia la gratificación inmediata. Mediante personalización algorítmica: el deseo no se enfrenta a un mundo relativamente abierto y común, sino a entornos filtrados y adaptados que contribuyen activamente a producir ciertas inclinaciones del eros. Mediante fragmentación de la atención: cuando la atención se divide de manera constante entre múltiples estímulos, el eros pierde capacidad de duración y de articulación.

Estas transformaciones producen formas de deseo caracterizadas por varios rasgos estructurales. La inmediatez: el deseo se acostumbra a operar en horizontes temporales cortos, con escasa tolerancia a la espera o a la mediación prolongada. La repetición: los circuitos técnicos de gratificación reactivan el deseo continuamente en formas repetitivas, sin que ello abra necesariamente a nuevos niveles de organización. La dependencia: la subjetividad se vuelve crecientemente dependiente de mediaciones que ella no controla, llegando a desear el propio circuito que sostiene su deseo. Y la desarticulación estructural: el deseo deja de orientarse hacia configuraciones amplias capaces de integrar memoria, lenguaje, práctica y mundo común, reorganizándose en secuencias breves, discontinuas y frecuentemente inconexas.

El eros se vuelve capturable. Esta capturabilidad no significa que todo deseo quede completamente determinado por la técnica, sino que las condiciones materiales de su producción favorecen configuraciones más fácilmente modulables, más dependientes de mediaciones externas y menos capaces de sostener procesos de verdad o de articulación compleja del mundo. Aquí se hace visible la conexión profunda entre técnica, caverna y eros: la caverna contemporánea no solo organiza la apariencia, organiza el deseo mismo. Una de las consecuencias más importantes es que la lucha por la verdad y por formas de vida más consistentes no puede separarse de una política del deseo. No basta con ofrecer mejores contenidos o información más rigurosa si el eros permanece estructurado por circuitos de captura que imposibilitan sostener atención, conflicto, demora y reconstrucción.

7. Eros y producción de subjetividad

El deseo no es un elemento añadido a la subjetividad, como si existiera primero un sujeto ya constituido al que después se sumaran inclinaciones, apetitos o intereses. Desde el Composicionismo, el eros es constitutivo de la subjetividad. Significa que la subjetividad no puede ser comprendida sin analizar las formas de deseo que la organizan. El sujeto no es una instancia neutra que «tiene» deseos; es una composición estructurada en torno a orientaciones deseantes que delimitan su modo de percibir, actuar, recordar, esperar y habitar el mundo.⁵

La subjetividad se organiza en torno a formas de deseo que determinan, al menos, cuatro dimensiones fundamentales: qué se busca, es decir, hacia qué objetos, fines, relaciones o formas de vida se orienta la acción; qué se evita, aquello que aparece como amenaza, pérdida, disolución o experiencia no soportable; qué se considera valioso, qué merece atención, cuidado, esfuerzo o permanencia; y qué se puede sostener en el tiempo, qué prácticas, vínculos o procesos pueden estabilizarse sin colapsar. Estas dimensiones no deben entenderse como decisiones puramente conscientes ni como elecciones enteramente libres. Son configuraciones estructurales del deseo que forman el campo dentro del cual la subjetividad puede operar.

El eros interviene precisamente en la articulación de los múltiples niveles que componen la subjetividad: corporales, afectivos, lingüísticos, técnicos, sociales e históricos. A través de él se distribuyen prioridades, intensidades y direcciones. En este sentido, el deseo no es una fuerza caótica que viene a perturbar una organización previa, sino uno de los principios por los que esa organización se constituye. El eros no se opone a la forma; es una de sus condiciones.

La temporalidad del eros resulta especialmente importante: la subjetividad no se define solo por sus orientaciones momentáneas, sino por aquello que puede sostener en el tiempo. Un deseo estructurado no es simplemente intenso; es capaz de persistir, de rearticularse frente a obstáculos, de mantener una orientación más allá de la gratificación inmediata. Por el contrario, un deseo fragmentado puede ser muy intenso en el corto plazo y, sin embargo, incapaz de sostener cualquier secuencia larga de composición.

A partir de todo lo anterior, puede formularse con claridad la tesis central: una subjetividad fragmentada implica un eros fragmentado, y una subjetividad consistente requiere un deseo estructurado. El eros es un eje de composición subjetiva: no agota la totalidad de la subjetividad, pero articula de manera decisiva su estructura. A través de él se coordinan atención, memoria, valor, temporalidad y práctica. Esto tiene varias consecuencias filosóficas: evita la oposición simplista entre razón y deseo; permite integrar el deseo en una teoría materialista de la subjetividad; y abre el campo de una crítica política de la producción subjetiva, pues si el deseo es eje de composición, entonces intervenir en sus condiciones de producción significa intervenir en la forma misma de la subjetividad.

8. Eros, bien y mundo común

El deseo no puede pensarse al margen del bien ni del mundo común. Si el deseo es una dimensión estructural de la subjetividad, y si el bien ha sido redefinido como consistencia objetiva de las composiciones materiales, entonces la relación entre ambos no es accidental, sino constitutiva. El bien es consistencia; el eros orienta hacia —o contra— esa consistencia. El deseo tiene efectos estructurales sobre la forma en que se organizan las composiciones —individuales y colectivas— y por tanto participa directamente en la producción de formas de vida más o menos consistentes.

Esto introduce una tesis fundamental: no todo deseo es equivalente. Aunque todas las formas de eros son reales como fenómenos materiales, no todas producen los mismos efectos estructurales. Algunas configuraciones del deseo favorecen la articulación de prácticas duraderas, la integración de niveles de experiencia y la apertura a la verdad. Otras, en cambio, tienden a la fragmentación, a la repetición estéril, a la captura técnica o a la descomposición de las condiciones mismas de la vida. La pregunta normativa no es si un deseo es «bueno» en abstracto, sino qué tipo de composición produce o refuerza.

El deseo actúa como un operador que puede favorecer o dificultar la consistencia de las composiciones en múltiples niveles: en el plano subjetivo, un eros estructurado puede permitir integrar dimensiones heterogéneas en una organización relativamente estable, mientras que un eros fragmentado tiende a disolver esa integración; en el plano social, las formas de deseo influyen en la manera en que se configuran las relaciones, las instituciones y las prácticas colectivas; y en el plano político, el deseo interviene en la reproducción o transformación del mundo común.

La relación entre bien y eros no es externa ni instrumental. El deseo no se limita a perseguir el bien como si este fuera un objeto previamente dado. El eros participa en la producción misma de aquello que puede ser considerado consistente. Un sujeto puede estar inserto en una composición potencialmente consistente y, sin embargo, no poder sostenerla si su eros está orientado de manera que dificulta su integración. El bien no puede realizarse sin una mediación deseante adecuada. No basta con conocer qué es consistente; es necesario desearlo de manera que pueda sostenerse en la práctica.⁶

La conexión entre eros, bien y mundo común introduce una dimensión política fundamental. No se trata de regular el deseo desde fuera mediante normas abstractas, sino de intervenir en las condiciones materiales que lo producen: analizar qué estructuras técnicas favorecen determinadas orientaciones deseantes, examinar qué formas de organización social refuerzan o debilitan la consistencia, y evaluar qué configuraciones permiten sostener formas de vida no destructivas. El Composicionismo se sitúa entre el moralismo —que juzga los deseos desde criterios externos— y el relativismo —que considera todas las formas de deseo como igualmente válidas—. No impone valores trascendentes ni renuncia a la evaluación: analiza el deseo en función de su capacidad para sostener composiciones no destructivas. El eros conecta así subjetividad, ética y política en un mismo campo de análisis.

9. Límites y dificultades

La teoría composicionista del eros, en la medida en que pretende mantener una concepción fuerte del deseo sin recurrir a trascendencias ni disolverlo en relativismos, enfrenta una serie de dificultades estructurales que no pueden ser ignoradas. Estas dificultades no son defectos accidentales, sino consecuencias directas de la ambición misma del proyecto.

La primera dificultad fundamental es cómo distinguir entre deseo estructurado y deseo capturado. Esta distinción es central en el Composicionismo, ya que permite evaluar si una forma de eros favorece la consistencia o refuerza dinámicas de descomposición. Sin embargo, establecer esta diferencia no es sencillo. Un deseo puede aparecer como coherente, estable e incluso productivo en determinados contextos y, sin embargo, estar profundamente capturado por estructuras que limitan su capacidad de apertura a lo real. Además, la captura del deseo no siempre se presenta como imposición externa evidente. Puede adoptar formas sutiles, integradas y, en muchos casos, deseables para el propio sujeto.

⁵ La dimensión normativa del eros que el artículo desarrolla debe distinguirse del moralismo que evalúa los deseos por su contenido —buenos o malos según un ideal externo— y del esteticismo de la existencia que Foucault exploró en los últimos volúmenes de la Historia de la sexualidad. Foucault propone el cuidado de sí como régimen ético que trabaja la propia existencia como obra de arte. El Composicionismo acepta que el deseo es objeto de trabajo ético, no solo de regulación externa, pero rechaza el esteticismo: el criterio no es la belleza de la existencia sino la consistencia objetiva de la composición. Un eros evaluado por su consistencia es evaluado por sus efectos estructurales en las composiciones que produce, no por su calidad estética ni por su adecuación a un ideal trascendente.

⁶ La tesis de que el eros puede ser capturado incluso en sus formas críticas —que el deseo de verdad puede reabsorberse en circuitos que neutralizan su potencia transformadora— tiene una consecuencia metodológica importante para el propio Composicionismo. El deseo filosófico de sistema, de totalización, de cierre conceptual, puede ser una forma de captura del eros crítico: la apariencia de haber salido de la caverna mientras se permanece dentro de ella bajo otra forma. El sistema no puede garantizarse a sí mismo que su propio eros esté orientado hacia la verdad y no hacia la autoconfirmación. Esa irreductible vulnerabilidad no es debilidad del análisis sino consecuencia honesta de aplicar el argumento composicionista al propio sistema que lo formula.

La segunda dificultad es cómo evitar reducir el deseo a mera función del sistema. Si el eros se produce en redes de mediaciones, existe el riesgo de interpretarlo como un efecto completamente determinado por esas estructuras, perdiendo cualquier capacidad de reorientación o de intervención. El Composicionismo debe evitar este reduccionismo sin recaer en un subjetivismo ingenuo. El deseo no es completamente libre ni completamente determinado; se produce en condiciones materiales específicas, pero esas mismas condiciones permiten cierto margen de reorganización. La dificultad consiste en pensar esta posición intermedia sin caer en contradicciones.

La tercera dificultad es cómo sostener orientaciones complejas en entornos fragmentados. Los entornos contemporáneos —especialmente los digitales— tienden a favorecer formas de deseo basadas en la inmediatez, la repetición y la fragmentación. La fragmentación no es solo un rasgo psicológico; es una forma de organización del entorno. Esto plantea un problema filosófico y político de primer orden: cómo hacer posible la existencia de formas de deseo estructuradas en contextos que tienden a disolverlas, lo que requiere pensar intervenciones en las condiciones materiales que producen el eros.

La cuarta dificultad es cómo intervenir en la producción del deseo sin caer en normativismos externos. Si el eros es un eje de composición subjetiva y si su organización tiene consecuencias en términos de consistencia o descomposición, parece necesario intervenir en sus condiciones de producción. Sin embargo, esta intervención corre el riesgo de adoptar formas normativas externas, imponiendo modelos de deseo desde fuera de la propia composición material.

A estas dificultades se añaden otras consecuencias estructurales del enfoque. El deseo puede ser reconfigurado constantemente: el eros no es una estructura fija, sino que está sometido a transformaciones continuas en función de cambios en las condiciones materiales; esta plasticidad es, al mismo tiempo, una posibilidad y un problema. El deseo puede ser capturado incluso en formas críticas: la crítica de la caverna o de la técnica no está automáticamente protegida frente a la captura, pues el propio deseo de verdad puede ser reabsorbido en circuitos que neutralizan su potencia transformadora. Y el deseo puede resistirse a su propia reorganización: el eros no es completamente maleable; las formas de deseo tienden a estabilizarse y a reproducirse, incluso cuando generan efectos de descomposición. El problema del eros no tiene solución definitiva; la relación con el eros debe pensarse en términos de práctica continua, no de solución final.

Conclusión

El Composicionismo redefine el eros sin renunciar a su centralidad filosófica. El deseo no desaparece; cambia de estatuto. Deja de ser interpretado desde categorías que lo separan de la realidad efectiva —ya sea elevándolo a un plano trascendente o disolviéndolo en dinámicas sin estructura— y pasa a ser pensado como una dimensión constitutiva de la composición material de la subjetividad y del mundo común. El eros deja de ser carencia trascendente, impulso irracional opuesto a la razón, o fenómeno subjetivo aislado.

El eros es orientación material producida en la *symploké* del mundo. Esta fórmula condensa el núcleo de la propuesta. El deseo no se origina en un interior cerrado ni se dirige hacia un exterior trascendente. Se produce en una red de relaciones materiales que articulan cuerpo, lenguaje, técnica, memoria, instituciones y mundo común. Es una forma de orientación que emerge de esa composición y que, a su vez, contribuye a organizarla.

Pensar el eros como orientación material permite comprender que el deseo no es simplemente algo que el sujeto experimenta, sino una de las formas en que el sujeto se constituye. A través de él se distribuyen prioridades, se estabilizan prácticas, se orienta la atención y se configuran formas de relación con lo real. Esto tiene varias consecuencias filosóficas de gran alcance: permite integrar deseo, verdad y política; evita tanto el idealismo como el relativismo; y hace posible pensar el eros como dimensión estructural de la subjetividad.

El análisis composicionista muestra también que el deseo no puede ser abordado de manera aislada. Está intrínsecamente ligado a la organización del mundo común. Las formas de eros no son simplemente individuales, sino que dependen de configuraciones colectivas: entornos técnicos, instituciones, prácticas sociales, lenguajes compartidos. El deseo es siempre, en este sentido, co-producido. La transformación del eros no puede reducirse a una cuestión de voluntad individual; requiere intervenir en las condiciones materiales de su producción.

El deseo no está fuera del mundo: es una de las formas en que el mundo se organiza en nosotros y a través de nosotros. Esta afirmación no debe entenderse de manera metafórica, sino estrictamente material. El eros es una dimensión en la que la *symploké* del mundo se inscribe en la subjetividad y, al mismo tiempo, se proyecta en la acción, en la relación con otros y en la configuración del mundo común. El deseo no es un obstáculo que deba superarse ni una energía que deba liberarse sin más: es una estructura que debe ser comprendida, analizada y, en la medida de lo posible, reorganizada desde dentro del mundo.

Notas

1 La inversión composicionista del eros respecto a Platón conserva precisamente lo que hace al eros platónico filosóficamente poderoso: que el deseo tenga dirección, estructura y función normativa, y que conecte subjetividad con conocimiento sin reducir uno al otro. Lo que destruye es la teleología vertical —del cuerpo a la Idea— que hace depender esa dirección de un plano trascendente. La «escala del amor» del Banquete puede leerse como descripción de cómo el deseo gana complejidad composicional —desde vínculos singulares hacia formas más estructuradas de orientación— sin que esa lectura requiera el plano inteligible separado. El Composicionismo conserva la dinámica de la escala y destruye su soporte metafísico.

2 La distinción entre eros como falta y eros como estructura separa el Composicionismo de dos posiciones que comparten la primacía de la carencia: Lacan, para quien el deseo se define por la falta constitutiva que el objeto objeto encarna sin colmar, y cierto platonismo popularizado que identifica el eros con nostalgia de una plenitud perdida. El Composicionismo no niega que el deseo implique tensión y distancia respecto a lo que se orienta, pero rechaza que esa tensión se funde en una ausencia metafísica originaria. La tensión es estructural, no ontológicamente deficitaria: el eros no es hueco que busca llenarse sino organización que establece direcciones reales en el campo de las composiciones posibles.

3 La posición del Composicionismo respecto a Deleuze y Guattari en El Anti-Edipo merece precisión. Deleuze y Guattari rechazan la primacía de la falta y afirman el deseo como producción positiva: la máquina deseante produce, no carece. Eso es parcialmente correcto desde el punto de vista composicionista, que también rechaza el modelo de la carencia y afirma la dimensión productiva del eros. Pero Deleuze y Guattari tienden a pensar esa producción como flujo que desborda toda estructura, y celebran el deseo esquizofrénico como fuerza liberadora. El Composicionismo no puede seguirlos ahí: el eros no es más libre cuanto más desestructurado. La estructura no es opresión del deseo sino su condición de posibilidad como orientación real en el mundo. Un deseo sin estructura no es deseo más libre sino eros capturado bajo otra forma.

4 La conexión entre captura técnica del deseo y caverna algorítmica no es metáfora sino descripción de la misma estructura operando en dos niveles. El artículo 7 estableció que la caverna contemporánea no solo organiza qué aparece sino cómo aparece, sustituyendo la resistencia del mundo por retroalimentación circular. El presente artículo añade que esa sustitución opera también en el nivel del eros: los algoritmos de personalización no solo filtran información sino que producen formas de deseo orientadas hacia la confirmación y la gratificación inmediata. La caverna es más estable cuando consigue no solo mostrarse como mundo sino también hacerse deseable como tal. Un régimen de apariencia que captura el deseo es estructuralmente más resistente que uno que solo captura la atención.

5 La dimensión normativa del eros que el artículo desarrolla debe distinguirse del moralismo que evalúa los deseos por su contenido —buenos o malos según un ideal externo— y del esteticismo de la existencia que Foucault exploró en los últimos volúmenes de la Historia de la sexualidad. Foucault propone el cuidado de sí como régimen ético que trabaja la propia existencia como obra de arte. El Composicionismo acepta que el deseo es objeto de trabajo ético, no solo de regulación externa, pero rechaza el esteticismo: el criterio no es la belleza de la existencia sino la consistencia objetiva de la composición. Un eros evaluado por su consistencia es evaluado por sus efectos estructurales en las composiciones que produce, no por su calidad estética ni por su adecuación a un ideal trascendente.

6 La tesis de que el eros puede ser capturado incluso en sus formas críticas —que el deseo de verdad puede reabsorberse en circuitos que neutralizan su potencia transformadora— tiene una consecuencia metodológica importante para el propio Composicionismo. El deseo filosófico de sistema, de totalización, de cierre conceptual, puede ser una forma de captura del eros crítico: la apariencia de haber salido de la caverna mientras se permanece dentro de ella bajo otra forma. El sistema no puede garantizarse a sí mismo que su propio eros esté orientado hacia la verdad y no hacia la autoconfirmación. Esa irreductible vulnerabilidad no es debilidad del análisis sino consecuencia honesta de aplicar el argumento composicionista al propio sistema que lo formula.

Bibliografía

- Arendt, Hannah. *La condición humana*. Barcelona: Paidós, 1993.
 Aristóteles. *Ética a Nicómaco*. Madrid: Gredos, 2014.
 Armesilla, Santiago. *La vuelta del revés de Marx*. Barcelona: El Viejo Topo, 2020.
 Bueno, Gustavo. *Ensayos materialistas*. Madrid: Taurus, 1972.
 Bueno, Gustavo. *El sentido de la vida*. Oviedo: Pentalfa, 1996.
 Deleuze, Gilles, y Félix Guattari. *El Anti-Edipo: capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona: Paidós, 1985.
 Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad, I: La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI, 2005.
 Foucault, Michel. *Tecnologías del yo*. Barcelona: Paidós, 1990.
 Freud, Sigmund. *Tres ensayos sobre teoría sexual*. Madrid: Alianza, 2008.
 Lacan, Jacques. *El Seminario, Libro 7: La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 1988.
 Lukács, György. *Historia y conciencia de clase*. Barcelona: Grijalbo, 1969.
 Marx, Karl. *El capital*. Madrid: Siglo XXI, 2017.
 Marx, Karl, y Friedrich Engels. *La ideología alemana*. Madrid: Akal, 2014.
 Nussbaum, Martha C. *La fragilidad del bien: fortuna y ética en la tragedia y la filosofía griega*. Madrid: Visor, 1995.
 Platón. *Banquete*. Madrid: Gredos, 2014.
 Platón. *Fedro*. Madrid: Gredos, 2014.
 Platón. *República*. Madrid: Gredos, 2020.
 Santoveña Martín, Jorge. *Composicionismo: Inversión materialista integral del platonismo*. Manuscrito inédito.
 Simondon, Gilbert. *El modo de existencia de los objetos técnicos*. Buenos Aires: Cactus, 2007.
 Spinoza, Baruch. *Ética demostrada según el orden geométrico*. Madrid: Alianza, 2011.

Stiegler, Bernard. *La técnica y el tiempo, 1: El pecado de Epimeteo*. Hondarribia: Hiru, 2002.
Taylor, Charles. *Las fuentes del yo*. Barcelona: Paidós, 1996.
Žižek, Slavoj. *El sublime objeto de la ideología*. Madrid: Siglo XXI, 1992.